

CHICAGO FADE: VOLVER A PONER EL CUERPO DEL INVESTIGADOR EN JUEGO¹

Loïc Wacquant²

University of California, Berkeley

Centre de sociologie européenne, Paris

La investigación sociohistórica sobre el cuerpo –su configuración social, sus usos culturales y alteraciones físicas- ha experimentado una explosión sin precedentes en las últimas dos décadas, como lo ha demostrado la extraordinaria lluvia de monografías históricas, tratados filosóficos, indagaciones antropológicas y varios estudios inspirados en el feminismo o algún interés en la sexualidad, e incontables números especiales en revistas científicas que van de la literatura a la psiquiatría, para no mencionar el lanzamiento emblemático de este florecimiento que está convirtiendo en una moda, de la publicación cuatrimestral británica *Body & Society*, que apunta a actuar como un catalizador para la aplicación de teorías postmodernas y postestructuralistas a este objeto recientemente rehabilitado y repatriado al centro de las ciencias sociales y las humanidades.³ Sin embargo, esta profusión de trabajos sobre frentes múltiples presenta el llamativo y paradójico rasgo de invisibilizar los cuerpos “realmente existentes” sustituyéndolos por un cuerpo casi virtual construido con signos, portadores de códigos y pasivo (o recalcitrante) receptáculo de fuerzas socioculturales presuntamente externas a éste, en síntesis, un cuerpo más o menos reducido al rango de otro *texto* sujeto a un tratamiento hermenéutico esencial⁴.

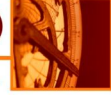
Entre estos cuerpos de carne, portadores de historia y vectores de conocimiento visceral, extrañamente escotomizado por trabajos ostensiblemente dedicados a él, hay uno que es particularmente conspicuo en su ausencia: *el cuerpo del investigador*, aún cuando constituye, como Marcel Mauss sugirió hace mucho tiempo, su “primer instrumento” de conocimiento en tanto es a través de su cuerpo sensitivo y actuante que el sociólogo que realiza



trabajo de campo entra en contacto con el mundo vivido cuya lógica intenta capturar⁵.

Este texto apunta, aunque modestamente, a poner al investigador en escena como un ser carnal y sufriente - *leidenschaftliches Wesen*, tomando la expresión del joven Marx, cuya antropología filosófica fue en este sentido más precisa que aquellas, igualmente desencarnadas, del “actor racional” y el “hombre plástico” que han monopolizado los modelos de acción social a lo largo del siglo pasado⁶. Lo que sigue está extraído del diario de campo que llevé en el transcurso de mi inmersión etnográfica de tres años y medio durante la cual aprendí el oficio del boxeador en un gimnasio del ghetto negro de Chicago. Me había convertido en miembro del Woodlawn Boys Club de una manera inesperada, mientras buscaba un puesto de observación desde el cual seguir la pista a las estrategias sociales de los jóvenes del sub-proletariado negro de la ciudad. Pero rápidamente me encontré inmerso en el material, en los intercambios simbólicos y afectivos que tejen la textura cotidiana del gimnasio y gradualmente aprendí, por momentos con placer a veces con aprensión, y no con pocos episodios en los que me sentí extraño e incongruente para ajustarme a sus convenciones, para responder con las expectativas y requerimientos de sus miembros, y para adaptarme, físicamente así como moralmente, a sus peculiares demandas⁷.

El siguiente texto es un extracto (semi-editado) de mi diario de campo, datado en mayo de 1990, unos veinte meses luego de haberme unido al club, esto es, después de haber establecido sólidamente mi lugar en el círculo interno del sus habitués a partir de mi asiduo entrenamiento, mi total y sincero compromiso con los códigos de honor de los pugilistas (autenticado por mi pelea oficial en el torneo amateur Golden Gloves el invierno anterior), y a través de muchos servicios prestados fuera del gimnasio a mis compañeros. Relata una sesión de corte de cabello casero en el cual Curtis, la estrella creciente del gimnasio, arregla mi peinado de acuerdo con la moda negra americana de aquel momento para señalar, visual y corporalmente, mi plena membresía en el grupo.



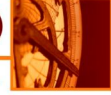
La narración de esta escena algo banal arroja luz sobre tres importantes propiedades de la organización social y cultural del gimnasio. La primera es la creencia folklórica de que el cuerpo alberga “talentos”, habilidades que podrían posibilitar a aquellos que lo tienen, el éxito en la vida: Curtis establece un paralelo entre sus capacidades pugilísticas y su habilidad como barbero-peluquero, señalando de manera implícita la existencia de un *continuum de oficios corporales* a los cuales concierne su vocación de pugilista, oficios que son los primeros si no los únicos posibles para aquellos que no tienen más recursos que su capital corporal en la batalla por la existencia social.

En segundo lugar, el ofrecimiento del corte de cabello no podía ser rechazado, inscripto como lo estaba al interior de un ciclo más amplio de intercambios basados en la *reciprocidad*, una economía denegada que estipula que la persona que da debe también recibir en función de evitar el establecimiento de una relación asimétrica entre sí mismo y su destinatario. Dentro de los límites de esta economía social, las relaciones intrafamiliares ocupan un lugar central: el hecho de que Curtis corte el cabello de sus hermanos y sus hijos, y de su entrenador y “padre adoptivo” DeeDee, merecería una exégesis elaborada en sí misma, para mostrar cómo cortar mi cabello en público fue una manera de ubicarme en una relación de parentesco ficticio.

Finalmente, uno puede ver que la adquisición de competencias corporales infra-concientes que definen a los agentes conocidos y reconocidos en cualquier universo social⁸ también operan a través de modificaciones corporales tan anodinas como un corte de cabello, adorno o vestimenta, dieta o la transformación de la economía de los sentimientos.

El corte casero

En el teléfono, Curtis me pregunta si aún quiero obtener un *fade* (el estilo de cabello negro de moda en aquel momento en el ghetto). Él insiste: es su forma de ofrecerme un regalo –y por lo tanto de reestablecer una medida de reciprocidad en nuestros intercambios– mientras despliega sus habilidades



personales. Convenido. “Entonces baja al gimnasio ahora”. Voy justo después de las 13:30. Encuentro a Curtis lavando su Jeep Comanche detrás del gimnasio, música de rap estruendosa. Cuida mucho su auto. Acordamos en que él cortará mi cabello más tarde. [...] Mientras termino mi sesión de entrenamiento, antes de tener tiempo para cambiarme, Curtis me propone de nuevo cortar mi cabello. “No te duches, sólo sécate, puedes tomar tu ducha luego”.

Coloca una silla en frente del pequeño espejo donde hacemos “sombra” (shadow-boxing), cerca de la tabla para abdominales, con su espalda vuelta al espejo – pienso que es para que no pueda verme en él. De su bolso del gimnasio, extrae las enormes tijeras eléctricas que usa para cortar el cabello de sus hermanos y hermanas, y el suyo (en vísperas de sus peleas, siempre se corta él mismo un *fade*, que se completa dejando una pequeña colita de pelo detrás).

Enchufa el gran implemento y comienza a cortar mi cabello en la coronilla.

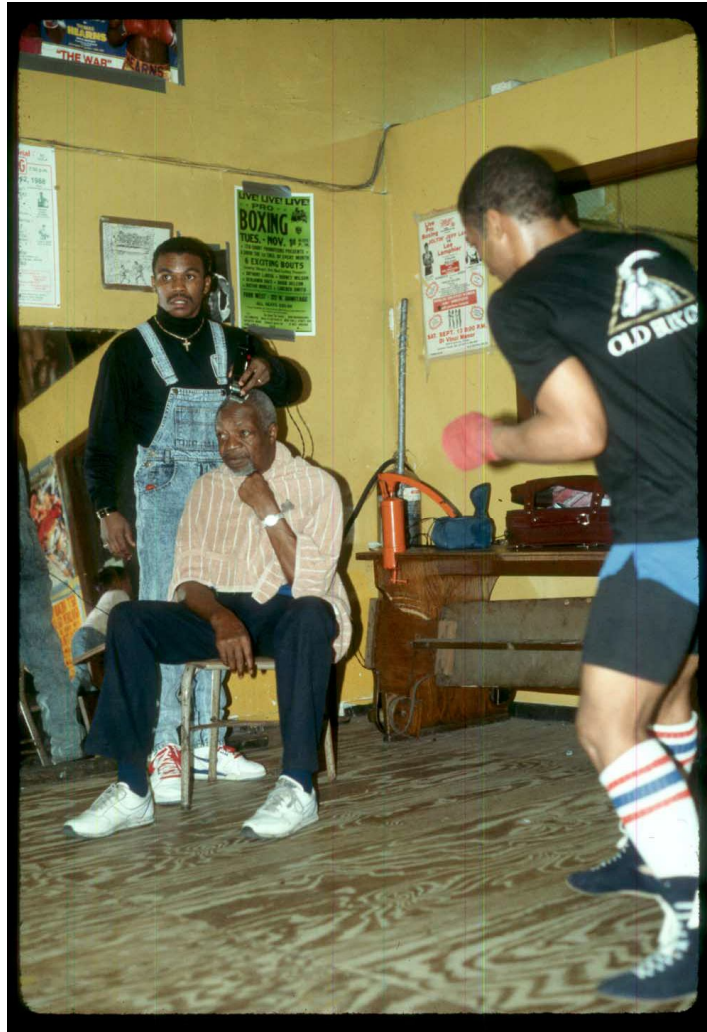
“Soy *talentoso con mis manos*, lo ves. Puedo hacer muchas cosas con mis manos... te cortaré el cabello como el de Christopher ¿Te gusta el cabello de mi hijo? Su *fade* está un poco desprolijo ahora... ¿Quieres una cola detrás?”

“No gracias, sin ella estaré bien”. Las largas pasadas de afeitado que realiza en mi cabeza jalan mi cabello y duelen mucho. Me digo a mi mismo que pasará, pero en absoluto: se siente como una barra hirviendo desplazándose por mi cráneo, como si Curtis estuviera tallando mi cabeza con un viejo y herrumbrado cuchillo. Es tan doloroso que quiero gritar y decirle que se detenga, pero no puedo decir nada. Él está tan feliz de hacerme el largamente prometido *fade* que no puede abstenerse de reír a carcajadas, “¡Louie quiere ser negro! ¡Sueña con ser negro ahora, *tanto desea ser negro que llora por eso cada noche!*” ¡Honestamente, no sé si podré soportar el dolor! Me contengo con la esperanza de que el padecimiento disminuya en la medida en que la masa de cabellos disminuya. Pero aún cuando el cabello está corto, Curtis



continúa apuñalando mi cráneo con pasadas de la afeitadora que son casi intolerables.

Cierro mis ojos y me estremezco. *Es pura tortura*, no puedo creerlo. Ni siquiera me animo a echar un vistazo al estado de sus tijeras. Los fillos deben estar completamente desafilados y torcidos, es incomprendible. En un momento, Curtis se detiene y abre las tijeras con un gran destornillador eléctrico, saca la masa de pelo atorada en los fillos y atornilla el instrumento de tortura nuevamente. Luego de veinte minutos de esta terrible experiencia, se da cuenta de que no estoy en absoluto cómodo: “¿Duele?” “Un poco, es porque el cabello está largo, supongo...” Luego se vuelve un poco más cuidadoso.



Curtis corta el pelo de DeeDee, mientras Ashante entra en calor (Foto: Loïc Wacquant).



Curtis trabaja en mi corte de cabello con todo el cuidado que puede mostrar. Necesitará unos buenos cuarenta minutos para terminarlo. DeeDee se pone impaciente y quiere irse a casa dado que ya son casi las 15.30. Le grita a Curtis, “¿Aún está Mark en los vestuarios? ¿Ha estado tanto tiempo? Dile que salga.” Curtis grita: “¡Mark! ¡Estás actuando como si estuvieras haciendo el amor! ¡Sal de ahí: sé un hombre!”

Mientras tanto, DeeDee observa la escena por el rabillo del ojo. El corte de cabello está casi terminado. Él aún no ha dicho nada. Curtis, de espaldas a DeeDee, se ríe por lo bajo. Le susurro “me sorprende que DeeDee no haya dicho nada aún.” (El viejo entrenador ha prometido echarme a patadas del gimnasio y enviarme al Parque Fuller –unas instalaciones anómicas del parque distrital en donde los boxeadores se aporrean sin reglas ni restricciones- si Curtis me cortaba un *fade*.)

Ambos estamos esperando a que él lance una diatriba en contra nuestro. Pero aún no dice nada. Momentos tanto tensos como divertidos. Finalmente, luego de mirarnos fijamente por un minuto completo, DeeDee sale a cerrar la puerta trasera del gimnasio. Mientras se da vuelta, lo oímos gruñir, “nunca he visto un chico blanco tan loco como ese”.

Pensé que el corte de cabello estaba listo pero no. Curtis da los toques finales usando sus tijeras sobre y a los costados de mi cabeza, y luego dibuja una raya con la rasuradora.

“Toma mucho tiempo porque el cabello de los blancos es diferente. El cabello de los negros, puedes sólo rasurarlo y sale bien. Pero si afeitas la cabeza de un tipo blanco, luce como abombado: su cabello crece desperejo. Por eso estoy tratando de cortar tu cabello de la forma en la que crece”.

Continúa: “Mi hijo tiene el pelo de la gente blanca ¿no te has dado cuenta de que Christopher tiene el pelo de la gente blanca? Tengo que engrasarlo y encresparlo antes de poder cortar su pelo. Es diferente”. DeeDee regresa, se planta en la puerta de la habitación trasera del gimnasio, y me mira fijamente – no estoy usando mis lentes pero puedo percibir su mirada incrédula y espantada. No pronuncia una sola palabra. No puedo resistir más y le pregunto, “entonces ¿cómo se ve DeeDee?”.



“Míralo por tu mismo cuando te veas en el espejo”.

“¿Pero cuál es tu apreciación?”

“No voy a decir nada”.

“¿Pero cuál es tu opinión?”

“No quieres oírlo. (se va a su oficina desde donde lo oigo refunfuñar)

¡Mierda! ¡Si fuera Liz, te echaría de la casa!”

Curtis devuelve el dardo: “pero Liz dijo que le parecía bien”.

Yo exagero: “Ella incluso pidió que me hiciera un fade”.

DeeDee, con un tono desanimado en su voz, como si estuviera batallando por una causa perdida: “¡entonces ella debe estar *loca también!*”

Eso es todo, el corte está completo. Curtis llama a todo el mundo. Pregunto “¿cómo luce?” Anthony silva su admiración y su sobrino Mark también. Mark exclama, “¡estás en llamas! Louie, te ves como Third Base”. Anthony: “Louie increíble, hombre”. Es la reacción general. Se ríen cuando señalo que la banda de rap que me contrató no es Third Base (un conjunto armado con dos músicos blancos) sino NWA, Nigger With Attitude (una banda dura del Centro Sur de Los Ángeles, la favorita de Ashante). “Muy bien Louie, muéstrales lo que un chico blanco puede hacer”. “Hombre, luces como un asesino, Louie”. DeeDee se ha acercado y mira de hito en hito estupefacto. John me dice que es un super *fade*. Curtis: “un chico blanco luciendo increíble”. Giro hacia el espejo y verifico el resultado de su labor: es una imagen para observar, sin dudas. Mi cabello está prácticamente afeitado tres centímetros sobre las orejas, recortado y amontonado arriba, con una enorme raya en el lado izquierdo y un muy borroso flequillo. Impacto garantizado ¡Me gusta bastante!

Curtis aúlla en una voz de falsete: “Su mamá se va a asustar. Llorará: (su voz más fuerte aún) “¿Por qué se meten con mi bebito? Oh mi nene chiquito”. Se dobla de risa. DeeDee dice con su voz estentórea: “¡Tu madre te abofeteará!” Yo replico, “Eso te gustaría ¿verdad?” “Sep”. Curtis le saca provecho y se lanza con DeeDee, señalando que él usó un fade cuando era más joven: solo que no se llamaba así en esos días. DeeDee se vuelve furioso: “¿De qué estás hablando? Mira este pelo (señala al sobrino mayor de Mark).



Mira su cabello, afeitado corto así: ese es el modo en que llevé mi cabello *toda-mi-vida* ¡Nunca tuve un fade! Encantado con la posibilidad de gritar este insulto ritual a DeeDee, Curtis finge no haber escuchado al viejo entrenador y aúlla “¡DeeDee es un salvaje! Todos gorjeamos de risa. Anthony está radiante, pero Mark no se anima a reírse de DeeDee tan abiertamente. El viejo entrenador finge enojo hacia Curtis. Toda la escena es más graciosa de lo que puede decirse. Finalmente, se ríe también y opta por retirarse: no puede ganar solo, en contra de todos nosotros. Se aleja con su modo ondulante de andar (parece poder caminar sin su muleta de nuevo). Desde lejos, me grita que si irá a mi casa mañana.

Ahora que DeeDee se ha ido, Curtis puede retocar el corte. Le dice a John “lo ves, tengo talento con mis manos. Sé hacer muchas cosas con mis manos. Ves, esto, no lo aprendí. No fui a la escuela para aprender a cortar el cabello: yo me enseñé a mi mismo”. Me pongo de pie y nuevamente asimilo el trabajo: es increíble, en todo el sentido del término. Le agradezco calurosamente a Curtis: “Es el mejor corte de cabello que alguna vez he tenido”. Él responde deleitado, “espera a que Ashante lo vea”. “Lo veré esta noche: va a enloquecer”. Curtis me da un apretón de manos y me indica barrer el pelo del suelo. Voy debajo del ring a buscar una escoba y descubro un increíble revoltijo de cajas de cartón, productos de limpieza, equipo de boxeo descartado, etc. Curtis viste a sus hijos y nos vamos al mismo tiempo que Boxhead John. Me doy cuenta de que hay no uno sino dos bates de baseball en la entrada de la guardería (que sirven para repeler visitantes indeseables por intimidación o fuerza).

John agarra la cadena, Curtis pone el sistema de alarmas y cierra la rejilla. John está un poco impresionado por el auto de Curtis: “¿Cuánto pagaste por él, mil setecientos?” Curtis, encantado de mostrarse en shock por tan bajo precio:

“¿17,000? Ojalá hubiera pagado eso: cuesta 24,000. Es el tope de gama... tengo asientos de aeroplano en el frente, verdadero cuero. Tablero de BMW. Hombre, es el tope de gama. No lo sabía, la gente me lo dijo después de que lo compré”.



Digo los veo el lunes y cruzo la avenida.

Mientras camino a casa por Ingleside Street, tomo conciencia inmediata del impacto de mi *fade*. Dos niños pequeños que caminan en frente de mi se dan vuelta y dan una sacudida de terror apenas me ven. Una señora bien vestida en su auto cerca de la intersección de la calle 61 apenas puede contener su hilaridad mientras paso a su lado. Dos adolescentes que charlan con una chica del barrio me miran como si fuera el diablo. Y, más tarde, cuando voy a la librería de la Universidad para comprar mi *Libération* cotidiano, nadie dice una palabra: ¡creo que los empleados ni siquiera me reconocieron! Víctor, mi vecino, se ríe en su balcón, con una mezcla de sorpresa y admiración.

Cuando Liz llega a casa y me ve sentado en mi computadora, se queda congelada, como tetanizada: no puede creer que ese soy yo. Luego, como si la realidad la golpeará, con sus dos manos en frente de la boca suelta un estridente grito. Está tan impactada con mi nuevo corte de cabello que lucha para recuperar la respiración. Tan pronto recobra su lucidez, telefonea a DeeDee. Ambos se ríen a carcajadas a expensas de mi *fade*. Ella se ríe, “¿conoces al sujeto que está en mi departamento? Llegué y no lo reconocí”. DeeDee, ahogado de la risa, agrega:

“No sé quien diablos es... *él es un salvaje. Está loco. Deberías abandonarlo.* Cuando me fui del gimnasio, dije ah ah si. Estos jóvenes estúpidos, diciéndole: ‘¡Estás increíble! ¡Estás increíble!’ Están locos... ¡Curtis es un salvaje!”

Le digo que voy a ir a ver a Ashante. “Le gustará. No tiene sentido común. Le gustará pero él nunca tuvo uno. Oh nooo, nunca tuvo uno”. DeeDee no necesita vituallas este fin de semana. O’Bannon pasará a llevarle algunos peces conseguidos en un viaje de pesca a Minnesota con colegas de su oficina de correos, cerca de los ríos de Mississippi. Prometo que pasaremos a verlo mañana porque “sé que quieres ver mi *fade* de nuevo antes de que termine el fin de semana”. Él dice que está bien, riendo.

Mientras estoy tomando notas, Liz susurra, con un temblor en su voz: “Nunca vuelvas a hacerme esto, Lo, prométemelo”. Curtis seguramente no

pudo contenerse: cuando terminé de escribir mis notas a las 7 de la tarde, aún tengo un horrible dolor de cabeza por sus oxidadas tijeras. Me pregunto cómo me las arreglé para soportar el dolor. Pero al final realmente me gusta el corte – ¡es un cambio, para decir lo mínimo! – creo que producirá un poco de impacto en Francia el mes próximo.

De hecho, dos semanas más tarde, cuando arribé a la Gare de Montpellier por una reunión familiar, mi madre pasó dos veces conduciendo delante de mí sin reconocermelo.

Notas

¹ Publicado en idioma inglés: Wacquant, Loïc (2009). Chicago fade: putting the researcher's body back into play. *City*, 13(4), 510-516. Traducción de Alejandra Martínez, revisión técnica de Diego P. Roldán.

² Loïc Wacquant es Profesor de Sociología en la Universidad de California, Berkeley, e Investigador en el Centre de sociologie européenne, Paris. Sus libros más recientes incluyen *Entre las cuerdas* (2005), *Los condenados de la ciudad* (2007), *Parias urbanos* (2001), *Castigar a los pobres* (2010), y *Las cárceles de la miseria* (1999). Este artículo fue publicado originalmente como 'Chicago Fade: remettre le corps du chercheur en scène' en *Quasimodo* 7 (Spring 2003), pp. 171–179.

³ Por citar ejemplos, véanse, entre numerosos trabajos recientes en inglés, Thomas Csordas (ed.), *Embodiment and Experience: The Existential Ground of Culture and Self* (Cambridge: Cambridge University Press, 1994) y A.J. Strathern, *Body Thoughts* (Ann Arbor: University of Michigan Press, 1996), por antropología; Jean Bremmer and Herman Roodenburg (eds), *A Cultural History of Gesture* (Cambridge: Polity Press, 1991), Maria Wyke (ed.), *Gender and the Body in the Ancient Mediterranean* (Cambridge: Basil Blackwell, 1998), y Caroline Walker Bynum, *The Resurrection of the Body in Western Christianity, 200–1336* (New York: Columbia University Press, 1995), desde la historia; Susan Foster (ed.), *Corporealities: Body, Knowledge, Culture, Power* (London: Routledge, 1995), y Londa Schiebinger (ed.), *Feminism and the Body* (New York: Oxford University Press, 2000), desde el feminismo; Gilbert Herdt (ed.), *Third Sex, Third Gender: Beyond Sexual Dimorphism in Culture and History* (New York: Zone Book, 1994), y Gwendolyn Audrey Foster, *Troping the Body: Gender, Etiquette and Performance* (Carbondale: Southern Illinois University Press, 2000), desde los estudios de la sexualidad; Georges Lakoff & Mark Johnson, *Philosophy in the Flesh: The Embodied Mind and its Challenge to Western Thought* (New York: Basic, 1999), y David Weldon (ed.), *Body and Flesh: A Philosophical Reader* (Cambridge: Blackwell, 2000), por filosofía; Alan Hyde, *Bodies of Law* (Princeton, NJ: Princeton University Press, 1996), desde los estudios legales, y Nick Crossley, *The Social Body: Habit, Identity, and Desire* (London: Sage, 2001), por sociología. Cf. también Francis Barker, *The Tremulous Private Body: Essays on Subjection* (Ann Arbor: University of Michigan Press, 1995); Jennifer Terry & Jacqueline Urla (eds), *Deviant Bodies* (Bloomington: Indiana University Press, 1995); Sarah Coakley, *Religion and the Body* (Cambridge: Cambridge University Press, 1997); y Arthur W. Frank, *The Wounded Storyteller: Body, Illness and Ethics* (Chicago: University of Chicago, 1997), desde la teoría literaria, estudios de la salud, religion y medicina.



⁴ Loïc Wacquant, 'Pugs at work: bodily capital and bodily labor among professional boxers', *Body & Society* 1(1) (Marzo 1995), pp. 65–94, [trad. "Un arma sagrada. Los boxeadores profesionales: capital corporal y trabajo corporal", en Javier Auyero (ed.), *Caja de Herramientas. El lugar de la cultura en la sociología norteamericana*, Buenos Aires, UNQUI, 1999, pp. 237-292] y Terence Turner, 'Bodies and antibodies: flesh and fetish in contemporary social theory', en T. Csordas (ed.), *Embodiment and Experience*, op. cit., pp. 27–47.

⁵ Marcel Mauss, 'Les techniques du corps', *Journal de Psychologie* 32 (1935), pp. 271–293. MAUSS, M. "Técnicas y movimientos cor-porales", en Mauss, M. *Sociología y Antropología*. Madrid, Tecnos, (1991) pp. 337-356.

⁶ Martin Hollis, *Models of Man: Philosophical Thoughts on Social Action* (Cambridge: Cambridge University Press, 1977).

⁷ Para una discusión completa de las condiciones, propósitos y resultados de esta investigación inicial, el lector puede consultar mi libro, *Body and Soul: Notebooks of an Apprentice Boxer* (New York and Oxford: Oxford University Press, 2004) (en español: *Entre las cuerdas: cuadernos de un aprendiz de boxeador*, 2005)

⁸ Pierre Bourdieu, *Meditaciones pascalianas* (Anagrama [1998] 1999), Capítulo 4, 'El conocimiento por cuerpos'.